CAPÍTULO LX. *De la elección del rey Tizoc, séptimo rey mexicano, y de cosas sucedidas en su tiempo*

TIZOC, SÉPTIMO REY MEXICANO, fue hermano mayor de Axayacatl (como ya dijimos), pero fue puesto en el gobierno primero, por lo que dejó dicho Motecuhzuma cuando murió. Muerto pues Axayacatl, rey poderoso y de mucho valor, entraron los mexicanos en elección y salió con todos los votos electo Tizoc, que era capitán general de los ejércitos mexicanos. En este oficio entró Ahuitzotl, su hermano. Fue coronado el rey con la solemnidad que sus antecesores y comenzó a regir y gobernar su república como rey de ella. Acosta dice[1] que en su elección le horadaron la nariz y que por gala le pusieron allí una esmeralda y que ésta es la causa porque en los libros de los mexicanos se denota este rey por la nariz horadada. Esto no tiene apariencia, porque antes que fuera rey se llamaba Tizoc (que quiere decir agujereado o ensartado), y la pintura que denota este nombre en sus libros es una pierna pasada con una flecha por la pantorrilla; y esto he visto en cuantas pinturas hay suyas; y si porque le horadaron las narices se llamó de este nombre, también se pudieran llamar así todos los señores, porque ninguno hubo en la gentilidad de estos indios que no las tuviese horadadas; y las orejas también, y de ellas colgaban joyas de oro y otras piedras ricas y de valor.

Este rey no debió de ser de tanto ánimo como sus pasados (aunque tuvo guerra con los de Tlacotepec y los venció), y así hizo junta de sus consejeros y otras gentes principales, y les dijo: ya sabéis el esfuerzo de los huexotzincas, y que han ayudado en veces al imperio mexicano a vencer y sujetar las provincias de Tzapotitlan y todas sus tierras; y dijeron que no contentos con aquellos vencimientos habían de entrar por todas las tierras de Anahuac. Podrá ser que se nos alcen con ellas y por esta causa conviene que les quitemos la ocasión de las manos; y pues tan buenos hermanos nos han sido, es razón que los tratemos con respeto y amor y no con imperio y señorío; y así me parece que les demos casa y asiento en nuestra corte. Parecióles bien a los presentes y así se hizo; y puede ser que los pretendiese dejar por tener guerras ayudando ellos, de las cuales nacía aprovecharse de orejeras y tezacates y otras preseas ricas, y estimaban en tanto la valentía de los huexotzincas que a ningún soldado daban insignias de valiente que no hubiese hecho presa en ellos.

[1] Acosta. 1.